

Rompecabezas

María Fernanda Maquieira

Ilustraciones de Karina Maddonni

loquelego

A Paloma y Pancho

*Las palabras se disfrazan de un solo golpe,
y en un abrir y cerrar de ojos quedan envueltas en
combates, escenas amorosas o trifulcas. Así escriben
los niños sus textos, pero también los leen así.*

WALTER BENJAMIN

ΟΤΟΗΘ



1.
SEÑORITAS

A Andrea le vino. Así nos lo dijo la mañana del primer día de clases, no bien llegó a la escuela, en el patio, antes del timbre de la entrada:

—Me vino.

—¿Qué cosa? —preguntó Gabi, que es medio despistada.

—Qué va a ser, nena —le contestó Andrea con aires de princesa ofendida—. Este año cumpla doce, y bueno, eso. Que soy señorita.

—Ah —replicó Gabi, distraída, en su planeta lejano.

—Contanos ya —dijo Anita, con la voz un poco contenta y un poco triste—. Ahora, todo va a ser diferente —anunció categórica como ella hace siempre con las cosas solemnes.

Andrea nos miró con cierto gesto de lástima, como si fuéramos sus hermanas menores aunque seamos Mejores Amigas Para Siempre: a mí, que soy medio pulga, bajita y lisa como una tabla; a Gabi, que no sé si entendía algo de lo que

estábamos hablando; a Anita, que esperaba expectante el relato completo del asunto, y muere por usar corpiño. Y nos hizo un gesto como para que la siguiéramos a Siberia.

—Mora, vos controlá que no venga ninguna maestra —me pidió Andrea, porque sabe que yo tengo una vista espectacular para detectar el peligro.

Nos sentamos desordenadamente, con risitas nerviosas, en los escalones de Siberia. Así les decimos a unas viejas gradas que están en cierto sector de la escuela, en el extremo más alejado del patio, y que no se caracteriza por su clima agradable. Allí, donde parece que se cruzan todos los vientos, y “el diablo perdió el poncho”, como dice Gonza, el maestro de Música, cuando nos toca practicar con el coro en esas gradas. Nosotras creamos desde Primero el grupo de “Las Chicas de Siberia”, y nos seguimos llamando así, aunque ahora seamos bastante mayores. Ese es nuestro lugar favorito, donde nadie nos molesta, para charlar, cantar o contar sueños, que es lo que hacemos las chicas en los recreos, además de armar coreografías. O ir al kiosco. También nos gusta escribir o dibujar cada una en su L.A.I. (Libreta de Asuntos Importantes), que es como un diario íntimo, pero con la diferencia de que se

suele mostrar y compartir a las amigas, incluso se puede prestar. En las L.A.I. anotamos listas, cuestionarios, *preguntas-tutti-verdad*, deseos, sueños y otros Asuntos Muy Importantes. Este año les pusimos nombre, para que sea más secreto y los demás no entiendan. Se llaman así: Libreta Ananá (la de Anita). Libreta Androide (la de Andrea). Libreta Gaviota (la de Gabi). Libreta Morada (la mía, que me llamo Mora).

Cuando éramos más chicas, nos gustaba saltar a la soga, jugar al elástico, a la brujita de los colores y al martín pescador. En cambio, los varones son menos variados: a toda edad, figuritas, poliladron o fútbol. También comer. Y empujarse.

De modo que esa era una mañana soleada de comienzos de clase, y necesitábamos escuchar tranquilas lo que Andrea tenía para contarnos.

Yo había llevado Capullos en Flor, que es un maíz inflado, crocante y dulce. Según Oma, “una porquería que no alimenta nada, mejor comerse una fruta” (para Oma todo tiene que tener un sentido práctico, no puede ser rico y punto).

Puse la bolsa de los capullitos en el centro para que todas se agarraran un puñado. Francamente, esa información nos daba un poco de ansiedad, y un hambre repentino.